



La pasión de Roger por el fútbol

Había una vez un niño llamado Roger, gran aficionado al fútbol y, sobre todo, al Barça. Vivía en un pueblo cerca de Barcelona y pasaba las tardes jugando en el parque con sus amigos.

Un día hizo una jugada espectacular y marcó un gol que habría hecho sonreír a un profesional. Pero al celebrarlo vio que Adrià, el compañero que jugaba de portero, estaba triste por no haber parado el balón.

Roger se acercó y le puso una mano en el hombro. —Antes has hecho una parada estupenda, Adrià. Esta vez no ha salido, pero habrá más oportunidades. ¡Se te da muy bien la portería!

Aquella noche contó lo ocurrido durante la cena. Su madre sonrió. —Me alegra que cuides a tus amigos. El fútbol es un juego, y saber acompañar a los demás también importa.

El fin de semana siguiente, los vecinos se reunieron para ver un partido del Barça en una pantalla grande de la plaza. Roger se sentó con su familia. Al ver a los jugadores colaborar y celebrar juntos, comprendió mejor el valor del trabajo en equipo.



Después del partido, su padre organizó un pequeño torneo infantil. Roger fue elegido capitán. Se esforzó en animar a sus compañeros y compartir la pelota para que todos pudieran participar.

Su equipo no ganó, pero Roger terminó el día contento. Había aprendido que el deporte ofrecía mucho más que una victoria: también permitía gestionar las emociones, cuidar a los demás y colaborar por un objetivo común.

Antes de dormir recordó los aplausos que habían recibido todos los equipos. Soñó con jugar cada vez mejor, con habilidad y también con respeto por sus compañeros.

Y así, entre estrellas y balones de fútbol, descubrió que lo más valioso de cualquier juego era la amistad, el apoyo de la familia y la ayuda mutua.